

universidades pueden (por motivos fiduciarios o legislativos) invertir sumas elevadas en operaciones en el exterior, la función más común de una contraparte comercial es la de proporcionar la infraestructura física y a veces el equipamiento. La discusión entonces se centra en el valor financiero de la propiedad intelectual y el renombre de la universidad entrante, los que servirán para calcular su participación en toda utilidad o pérdida. Lo anterior se convierte en un regateo y puede conducir a que universidades de renombre mundial, como la Universidad de Nottingham, tengan que aceptar participaciones de 17,1% y 29,1% en las sociedades asociadas que conducen sus dos campus en el extranjero. En las discusiones, los proveedores de ultramar han resuelto que es indispensable pensar pronto y con intensidad acerca de una estrategia de salida. En ciertos casos, el tema se discute incluso en la etapa del Memorandum de Entendimiento, por si llegare a ser causa de rompimiento.

En el Reino Unido, por ejemplo, en 2010-2011 hubo 571.000 alumnos internacionales estudiando para obtener títulos del Reino Unido en el exterior de dicho país, 40% más que dos años antes.

DIRECCIÓN DE ACTIVIDADES EXTERIORES

Una vez que la actividad en el extranjero está instalada y funcionando, el asunto clave es adónde se toman las decisiones y cuáles temas se delegan a un directorio local o a una contraparte académica. Los campus auxiliares en el extranjero, en su mayoría, pertenecen a una sociedad local cuyo directorio toma las decisiones claves. En cambio, la mayoría de las operaciones educacionales transnacionales carecen de entidad legal local que las respalde; las administra la estructura académica de la institución de origen. Las decisiones más importantes se refieren a los criterios de admisión (y el consiguiente número de alumnos), las estrategias locales de comercialización y el nivel de los aranceles de enseñanza. Aquí es donde resulta ventajoso haberse preocupado de instaurar buenas relaciones personales. Un socio comercial estará tentado de rebajar las normas de admisión, adoptar campañas de comercialización agresivas y subir los aranceles de enseñanza, mientras que la universidad no estará de acuerdo. Pocas empresas en el exterior ganan excedentes financieros

importantes y muchas tardan entre 5 y 10 años en ver un retorno sobre la inversión. No obstante, hay casos de beneficios financieros y la investigación comprobó que las universidades australianas de mayor éxito declaran que sus márgenes de utilidad promedian 8 a 10 por ciento. Con todo, un aspecto clave es el costo base sobre el cual se calcula el 10 por ciento, ya que si se carga a la empresa la totalidad del costo del tiempo de la administración y del personal, semejante retorno es improbable. Muchas de las universidades pertenecientes a la muestra declararon que no era su objetivo ganar excedentes financieros sino promover su reputación en la región, hacer investigación conjunta con el socio o en el país, y generar una corriente de post graduados de regreso al campus de origen.

Aun cuando el estudio ha destacado la importancia de los procesos de debida diligencia y planificación financiera, con amplia investigación de mercados, una conclusión clave es que lo dicho no basta. El éxito en las operaciones de ultramar exige buen liderazgo, habilidades personales y relaciones de confianza mutua entre las partes. Si éstos existen, se podrá enfrentar con éxito los acontecimientos y trastornos imprevistos que van a ocurrir. ■

¿Son injustos los rankings globales con las universidades latinoamericanas?

ANDRÉS BERNASCONI

Andrés Bernasconi es profesor de educación superior de la Facultad de Educación, Universidad Católica de Chile en Santiago, Chile. abernasconi@uc.cl

En su edición de 2012, el Times Higher Education World University Ranking no nombra ninguna universidad latinoamericana entre las cien mejores y solo cuatro entre el conjunto de 400. El ranking de Shanghai trata a América Latina del mismo modo: una en la selección de 150 y 10 en el total de 500 universidades clasificadas.

Esta clasificación resulta algo curiosa, dado que Brasil es la sexta economía mundial y México es la decimocuarta. Lo anterior debería marcar una diferencia cuando se trata de la posibilidad de mantener destacadas instituciones de educación superior, como se aprecia en países como Israel,

con tres instituciones entre las 100 mejores del ranking chino, o los Países Bajos, con dos.

Los líderes universitarios en América Latina estiman que los rankings son defectuosos, que están sesgados y son injustos con la región, y que las universidades latinoamericanas son esencialmente diferentes del concepto de universidad que forma la base de los rankings.

EL PROBLEMA SON LOS RANKINGS

En mayo de 2012 se reunió en México un grupo de líderes de universidades, con el auspicio de UNESCO (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura), con el fin de analizar los rankings y lo que se podía hacer al respecto. Se concluyó que los rankings son mediciones inválidas de desempeño, tanto en su índice compuesto como en cada una de las variables que dicen medir. Otra conclusión fue que los rankings no son apropiados para medir en las universidades latinoamericanas las “responsabilidades y funciones que trascienden aquellas más tradicionales de las universidades anglosajonas, las cuales sirven de normas para los rankings”. Los rectores también señalaron que este sesgo a favor del modelo de universidad anglosajón está reforzado por el uso de las bases de datos de publicaciones y citas ISI Thomson Reuters y SCOPUS, que reúnen material publicado principalmente en inglés y “en los campos de las ciencias de la salud y la ingeniería.”

Desde luego, América Latina no es la única región del mundo que tiene motivo válido para quejarse de los sesgos de los rankings. Asia tiene tanto o mayor motivo para quejarse de la injusticia de los rankings. Los asiáticos son más numerosos y ni siquiera forman parte de la hegemónica tradición occidental. No obstante, la mayor parte de las universidades que muestran más progreso dentro de los rankings están situadas en Corea, Singapur, Taiwán y China. En lugar de quejarse de que no hay revistas suficientes para publicar sus obras en coreano o en chino, los investigadores de aquella región del mundo aprenden inglés por su cuenta y publican internacionalmente en dicho idioma, como también lo hacen los investigadores de Israel y los Países Bajos.

LAS UNIVERSIDADES LATINOAMERICANAS SON DIFERENTES

Ahora bien, ¿cuáles son estas responsabilidades y funciones únicas que desempeñan las universidades latinoamericanas que recomendarían que se les dé un trato diferente del que se da al modelo “anglo-sajón” de universidad? Las universidades latinoamericanas, por lo general, hablan de su misión “social”, término esquivo destinado a referirse a

todo lo que se supone que las universidades hacen aquí que no es investigación, ni docencia, ni extensión, ni tampoco, en realidad, ninguna de las funciones que se asocia con la universidad en otras partes del mundo. La noción de una misión “social” con frecuencia persigue rescatar las funciones que las universidades desempeñan o se supone que desempeñan al alentar la democracia, promover la inclusión social o forjar una identidad nacional. Las universidades de América Latina han desempeñado este papel a menudo, cada vez que los gobiernos democráticos se han derrumbado y solo las universidades y algunas otras instituciones han permanecido como espacios de relativa libertad y organización política. Iniciativas muy meritorias, por cierto, pero no exclusivas de las universidades latinoamericanas. Además, a medida que la gobernabilidad democrática y el estado de derecho se consolidan en América Latina, las universidades se ven liberadas de esta función política subsidiaria y necesitan reconectarse con su función institucional debida, como centros de conocimiento.

En lugar de quejarse de que no hay revistas suficientes para publicar sus obras en coreano ni en chino, los investigadores de aquella región del mundo aprenden inglés por su cuenta y publican internacionalmente.

LOS RANKINGS COMO MENSAJE PARA AMÉRICA LATINA

La crítica de los rankings como método válido para ordenar universidades sobre la base de la calidad está bien fundada. Pero uno puede estar en desacuerdo con la proposición de que la universidad No. 100 es significativamente “mejor” que la No. 120 y sin embargo reconocer el mensaje que los rankings basados en investigación siguen enviando año tras año: la educación superior latinoamericana es casi invisible para el mundo de la investigación.

Sí, es verdad que como argumentan los rectores, esto es en parte un problema de financiamiento insuficiente para la ciencia en América Latina. No obstante, este aspecto no es el único, ni siquiera el principal. Desde 1990 ha habido grandes aumentos en el dinero público asignado a investigación en Brasil, Chile y México. Las publicaciones han aumentado en consecuencia, pero no a una tasa que marque alguna diferencia en escala global.

Los dos recursos claves que faltan en las universidades latinoamericanas son un número suficientemente elevado de académicos investigadores dedicados, y una buena dirección de las universidades.

En la mayoría de las universidades más distinguidas de América Latina (con excepción las principales del Brasil), la mayor parte del personal académico aún no cuenta con formación doctoral, y el dominio de idiomas distintos del español y el portugués sigue siendo una excepción (y en esto Brasil es igual a todos). Además, numerosos académicos especializados en investigación reciben sueldos tan bajos que necesitan desempeñarse en un trabajo puesto para poder subsistir. No se puede esperar ningún desempeño competitivo en investigación por parte de docentes que no están capacitados para realizar investigación, o de investigadores acosados por la incertidumbre económica, o de académicos cuya base de conocimientos es sólo la que está publicada en español y portugués.

La segunda barrera importante es la dirección de las instituciones y el rumbo de los sistemas nacionales de educación superior. La autonomía universitaria, objeto de veneración casi religiosa en América Latina, sirvió durante décadas para alejar de las universidades a gobiernos corruptos, incompetentes, lunáticos o autocráticos. Lamentablemente, en ciertos países dicha función todavía hace falta hoy. No obstante, en la mayor parte de la región, democracias estables bajo gobiernos razonables están consolidando un espacio de diálogo civilizado, dentro del cual las universidades, sin arriesgar sus prerrogativas, pueden permitir más incidencia de las políticas de educación superior por parte de los funcionarios elegidos, sin darles en la cara con la puerta de la autonomía. Lo anterior es importante porque las universidades latinoamericanas, en su mayoría, especialmente en el sector público, carecen tango de liderazgo de calidad como de la plataforma política para reformarse a sí mismas. Por tanto, necesitan trabajar con sus gobiernos (como lo hacen cada vez más las universidades en Europa, Australia y Asia) para identificar nuevas estrategias y mecanismos que cambiar. Y el cambio hace falta con urgencia en diversas dimensiones claves: hay que renovar los cuadros académicos, los fondos para investigación tienen que dirigirse a quienes sean capaces de ocuparlos productivamente, y hay que rediseñar las estructuras de las carreras y los escalafones de sueldos de los profesores. En el área de administración se necesita una reforma que introduzca en las universidades la toma de decisiones estratégica de largo plazo, frene la hinchazón administrativa y limite el efecto perjudicial de la política partidista en los asuntos universitarios. Dichos cambios podrían inaugurar una nueva era para las universidades

latinoamericanas, en la cual los rankings basados en investigación puedan serles menos hostiles. ■

Las implicancias de la excelencia en investigación y docencia

JOHANNES WESPEL, DOMINIC ORR Y MICHAEL JAEGER

Johannes Wespel es investigador del Instituto HIS de Investigación y Educación Superior en Hanover, Alemania. E-mail: wespel@his.de. Dominic Orr es jefe de proyecto del mismo centro. E-mail: orr@his.de. Michael Jaeger es vicedirector del mismo centro. E-mail: m.jaeger@his.de

En los últimos años, las iniciativas nacionales dirigidas a fomentar la excelencia científica se han popularizado en su calidad de instrumentos de dirección y financiamiento de sistemas de educación superior en los países de la OCDE (Organización de Cooperación y Desarrollo Económico), principalmente en Alemania con su “Iniciativa de Excelencia”. Este artículo analiza cómo y cuándo se toma en cuenta la enseñanza universitaria en diversas iniciativas de excelencia actualmente en curso. Las dos conclusiones principales son que (a) la enseñanza y el aprendizaje desempeñan un papel subordinado en planes de financiamiento por excelencia en universidades, y (b) que hay menos uniformidad en las definiciones de la excelencia y en los programas que la promueven en cuanto a la docencia que en cuanto a la investigación.

INICIATIVAS DE EXCELENCIA

A solicitud de un grupo de trabajo de la OCDE, se analizaron las descripciones de planes de financiamiento estatal dirigidos a fomentar la excelencia científica, cuyas conclusiones fueron debatidas en un seminario de la OCDE para expertos nacionales. Los datos reunidos abarcan 24 iniciativas de 16 países situados en cuatro continentes. El análisis señala que ha surgido un prototipo de iniciativas de excelencia. Se identifica un número limitado de centros que reúnen a científicos destacados, mediante un proceso competitivo, de varias etapas, en el que figura la revisión realizada por pares internacionales y, en numerosos casos, visitas a terreno. Los centros seleccionados reciben abun-